

Cuadernos del Concilio 20



Los laicos
(LG 30-38)

Cuadernos del Concilio

20

Cuadernos del Concilio

**Los laicos
(LG 30-38)**

Mimmo Muolo



Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

Prol. Misterios 26, Tepeyac Insurgentes,
alcaldía Gustavo A. Madero,
C. P. 07020, Ciudad de México
Tel. 55 57 81 84 62
www.cem.org.mx

Los volúmenes de esta serie fueron editados por el «Dicasterio para la Evangelización. Sección para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo».

D. R. © 2023 Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

D. R. © 2022 by Dicastero per l'Evangelizzazione Sezione per le questioni fondamentali dell'evangelizzazione nel mondo

Derechos cedidos a la Conferencia del Episcopado Mexicano para su publicación

Director de la edición en castellano: Juan Carlos Casas García

Cuadernos del Concilio 20

Los laicos

(LG 30-38)

Autor: Mimmo Muolo

Primera edición (castellana) 2023

Editorial NUN

Es una marca de Editorial Notas Universitarias, S. A. de C. V.

Xocotla 17, Tlalpan Centro II, alcaldía Tlalpan,

C. P. 14000, Ciudad de México

www.editorialnun.com.mx

El contenido de este libro es responsabilidad del autor.

Derechos reservados conforme a la ley. No se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, ni registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, por ningún medio o forma, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electro-óptico, fotocopia, grabación o cualquier otro sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 242 y siguientes del Código Penal).

Impreso en México.

ÍNDICE

Introducción	9
Capítulo 1: La vocación de los laicos	15
Como la levadura	15
El apostolado de los laicos en el mundo	11
La temporada de los jóvenes	17
En las fronteras de la caridad	18
Capítulo 2: Exhortación apostólica Christifideles Laici	23
Síntesis de Evangelio y vida	23
La Nueva Evangelización	27
Después del muro y los nuevos retos	31
Capítulo 3: La evangelización de la economía y el medio ambiente	35
Economía de residuos	35
Ecología integral	37
Economía de Francisco	38
Capítulo 4: El compromiso de los laicos en la iglesia	41
Epílogo: La vocación universal a la santidad	45
<i>Lumen Gentium 30-38</i>	47

CUADERNOS DEL CONCILIO

1. El Concilio Vaticano II: historia y significado para la Iglesia

Dei Verbum

2. La revelación como Palabra de Dios (DV 1-5)

3. La Tradición (DV 7-10)

4. La inspiración (DV 11-13)

5. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (DV 21-26)

Sacrosanctum Concilium

6. La liturgia en el misterio de la Iglesia (SC 1-2. 7-13)

7. La Sagrada Escritura en la liturgia (SC 24-35)

8. Vivir la liturgia en la parroquia (SC 40-46)

9. El misterio eucarístico (SC 47-58)

10. La Liturgia de las Horas (SC 83-101)

11. Los Sacramentos (SC 59-81)

12. El domingo, regalo de Dios a su pueblo (SC 102-106)

13. Los tiempos fuertes del Año Litúrgico (SC 102. 109-111)

14. La música en la liturgia (SC 112-121)

Lumen gentium

15. El misterio de la Iglesia (LG 1-5)

16. Las imágenes de la Iglesia (LG 6-8)

17. El pueblo de Dios (LG 9-16)

18. La Iglesia es para la evangelización (LG 17)
19. El papa, los obispos, los sacerdotes y los diáconos (LG 18-29)
20. Los laicos (LG 30-38)
21. La vida consagrada (LG 43-47)
22. La santidad, vocación universal (LG 39-42)
23. La Iglesia peregrina hacia la plenitud (LG 48-51)
24. Maria, la primera creyente (LG 52-69)

Gaudium et spes

25. La Iglesia en el mundo de hoy (GS 1-3)
26. El sentido de la vida (GS 4)
27. La sociedad de los hombres (GS 23-32)
28. Autonomía y servicio (GS 33-45)
29. La familia (GS 47-52)
30. La cultura (GS 53-62)
31. La economía y las finanzas (GS 63-72)
32. La política (GS 73-76)
33. El diálogo como instrumento (GS 83-93)
34. La paz (GS 77-82)



INTRODUCCIÓN

No puedo recordar ese día. Y como yo, los de mi generación. Acabábamos de nacer o éramos demasiado jóvenes. Sólo ahora nos damos cuenta de que el 21 de diciembre de 1964 representó para nosotros una especie de señal de tráfico, pues fue el día en que vio la luz *Lumen Gentium*, la constitución dogmática sobre la Iglesia, redactada por los obispos de todo el mundo reunidos en concilio con el papa Pablo VI. Señalaba la dirección que tomaría nuestra vida de laicos cuando éramos niños, después como jóvenes y finalmente como adultos.

Lumen Gentium es —por explicarlo de cierta manera— el documento que presenta a la Iglesia como Pueblo de Dios en comunión. Es un texto que habla de evangelización, de la vocación universal a la santidad, y que presenta a los distintos componentes de este pueblo en camino, desde el papa a los obispos, desde los sacerdotes a los consagrados y consagradas, hasta nosotros. Los laicos, precisamente. Es decir, utilizando la misma definición contenida en el capítulo IV de dicha constitución, «todos los cristianos, excluidos los miembros del orden sagrado y del estado religioso sancionado en la Iglesia».

Somos nosotros, hombres y mujeres bautizados. Somos nosotros los que vivimos en el mundo, tenemos una familia, traemos hijos al mundo y trabajamos en los diversos sectores

económicos de la vida. Somos, en definitiva, todos aquellos que están llamados a hacer presente el Evangelio y la Iglesia en los ambientes de la existencia humana. Y que lo hacen en virtud de su Bautismo.

Hoy, hablar de la vocación y de la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, como hace de hecho el capítulo IV de la *Lumen Gentium*, parece normal, casi se da por descontado. Sobre todo para nosotros, nacidos con el concilio y vividos siempre a la luz de las grandes enseñanzas del tiempo conciliar, es muy natural creer en una Iglesia que tenga los rasgos somáticos de ese tiempo. Una Iglesia en salida, como diría el papa Francisco.

Pero incluso muchas décadas después es bueno reconocer que aquello fue una revolución y que el Concilio Vaticano II sigue teniendo su vigencia. Como atestigua precisamente la parte relativa a los laicos, llamados a ser protagonistas de la vida de la Iglesia y del anuncio del Evangelio en el mundo.

De hecho, la profecía del concilio puede percibirse claramente desde el momento en que se considera el panorama actual de la fe. No es posible esconderse detrás de un dedo. El mundo ha experimentado, desde los años sesenta y setenta, una creciente y preocupante secularización sólo compensada en parte por el florecimiento registrado en continentes jóvenes como África (mientras que Asia está aún en gran parte por evangelizar). Occidente, en particular, ha experimentado un declive en todos los parámetros de la práctica religiosa, empezando por el número de vocaciones al sacerdocio y a la consagración especial. El gran impulso misionero, que en otras épocas daban sobre todo sacerdotes, frailes y monjas, ha decaído también por falta de «personal». La fe cristiana —también como consecuencia del auge de eslóganes discutibles como *Cristo sí, la Iglesia* no— corre el peligro de ser empujada progresivamente a la esfera privada de las conciencias, de modo que deje de tener relevancia en el debate público. Por eso es cada vez más necesaria la acción evangelizadora de los laicos. Y un poderoso empuje en este sentido ha venido también del magisterio, el de los papas en primer lugar.

Pienso en San Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*, en San Juan Pablo II en

Christifideles Laici, en Benedicto XVI en el Año de la Fe, y en el papa Francisco con su apremiante llamado a una Iglesia no autorreferencial y libre de clericalismo. Los 33 días del beato Juan Pablo I fueron también un poderoso estímulo para todos nosotros. Nos toca hacerlo nuestro y mostrar al mundo una Iglesia de alegría, de rostro materno y acogedor.

Pero todo comienza con el Concilio Vaticano II. Desde aquella imponente asamblea que transformó la nave central de la basílica de San Pedro en una asamblea del Espíritu, en un corazón palpitante para decir al mundo que Dios ama de verdad a los hombres, sin excepción ni exclusión, y que de esta humanidad la Iglesia quiere ser amiga y no juez, madre antes que maestra y maestra como madre.

Es el concilio, por tanto, el que nos ha enseñado a participar activamente en la vida de la Iglesia y a ser corresponsables del anuncio del Evangelio. Cada uno, por supuesto, según su condición y competencia, pero desde la perspectiva paulina de un cuerpo único con muchos miembros. Esto se recuerda también en nuestro capítulo con la cita precisa de Romanos 12, 4-5: «Porque así como en un cuerpo tenemos muchos miembros, y los miembros no tienen todos la misma función, así también todos juntos formamos un solo cuerpo en Cristo, e individualmente somos miembros los unos de los otros». Una cita que constituye una especie de entrada, un vestíbulo del que luego se ramifican los pasillos que conducen a las habitaciones, es decir, a las formas del apostolado de los laicos. Que, siendo uno solo, puede expresarse de distintas maneras y en distintos ámbitos. En esta introducción trazaremos, pues, un mapa esquemático. Luego profundizaremos en él en lo sucesivo.

Si, por tanto, la Iglesia es un cuerpo del que los laicos son algunos miembros, la primera cuestión que hay que abordar es la de la necesaria relación con los demás miembros. En la práctica, con los pastores. En los años post-conciliares esto ha sido muy discutido (a veces incluso sin venir a cuento). La *Lumen Gentium*, en los párrafos que estamos examinando, nos recuerda que:

Los laicos (LG 30-38)

La distinción hecha por el Señor entre los ministros sagrados y el resto del pueblo de Dios comporta en sí misma la *unión*, ya que los pastores y los demás fieles están unidos por una comunidad de relación: que los pastores de la Iglesia, a ejemplo de Cristo, están los unos al servicio de los otros y al servicio de los demás fieles, y éstos, a su vez, prestan de buen grado su cooperación a los pastores y maestros.

Volveremos sobre ello. Por ahora, basta con subrayar esa palabra — *unión*— transcrita deliberadamente en cursiva. Significa reciprocidad, interconexión, unidad de propósito a pesar de la distinción de funciones. En esencia, los miembros se mantienen unidos precisamente según las relaciones que rigen la acción de un cuerpo. Sin pretensión por parte de uno de actuar sin los otros.

El segundo punto firme es que el concilio esboza dos grandes áreas del apostolado de los laicos: dentro de la Iglesia y en el mundo. Para la acción en la Iglesia, el párrafo 37 ofrece una doble indicación. Por una parte, dice que los laicos tienen la facultad, e incluso a veces el deber, de poner sus competencias específicas al servicio de la Iglesia. Y, por otra, que los pastores están llamados a usar su «prudente consejo, confiando precisamente también a los laicos oficios al servicio de la Iglesia». También estos perfiles serán estudiados con más detalle más adelante. Pero también en este caso tenemos la confirmación de esa reciprocidad antes mencionada.

Sin embargo, el ámbito más amplio que la *Lumen Gentium* confía a los laicos es la misión en el mundo: «Por su vocación, es propio de los laicos buscar el reino de Dios ocupándose de las cosas temporales y ordenándolas según Dios». Las cosas temporales, en efecto, coinciden prácticamente con la vida en sus diversas dimensiones. Por tanto, se trata de una tarea de primera importancia, así como casi exclusiva.

Sin embargo, antes de profundizar en estas grandes articulaciones de la misión laical, hay que dejar claro que la *christifideles laici* no se improvisa.

Necesitamos una formación que no se limite sólo a los años de la infancia y la adolescencia y se dirija exclusivamente a los sacramentos de la iniciación cristiana, sino que sea constante a lo largo de toda la vida. Una formación en cuyo centro esté la eucaristía, en primer lugar la eucaristía dominical, «fuente y cumbre de la vida cristiana», como dice otra de las constituciones conciliares, *Sacrosanctum Concilium*, recientemente recordada también por Francisco en su carta apostólica *Desiderio desideravi*: «Una celebración que no evangeliza no es auténtica —escribió el papa—, como no es auténtico un anuncio que no lleva al encuentro con el Resucitado en la celebración: ambos, pues, sin el testimonio de la caridad, son como bronce que retumba o como címbalo que altera».

Aquí podemos encontrar el paradigma de la vida cristiana de los laicos, que debe transcurrir en los lugares y según las indicaciones del documento que estamos examinando. En efecto, en la fracción del pan que tiene lugar en cada misa, se encuentra por una parte el vínculo ineludible y misterioso que nos hace miembros del cuerpo de Cristo, y por otra la dimensión por así decir horizontal de compartir con nuestros hermanos y hermanas, es decir, con todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo, incluso no creyentes, para dar forma eucarística a nuestras ciudades, a nuestras relaciones y a toda la sociedad. «De los sacramentos, en efecto, y especialmente de la sagrada eucaristía, se comunica y alimenta aquella caridad hacia Dios y los hombres que es el alma de todo el apostolado», dice *Lumen Gentium* en un pasaje del mismo capítulo que estamos examinando.

En consecuencia, si el concilio recuerda y promueve la corresponsabilidad de los laicos en la evangelización, no es sólo por razones de carácter funcionalista o eficientista, ni siquiera por simple sustitución: ya que los sacerdotes, religiosos y monjas son pocos, dejen paso a los laicos. Este modo de razonar sería cuando menos reduccionista, cuando no francamente erróneo. La lógica del concilio es diferente y va en el sentido de la perspectiva de la Iglesia comunión.

Los laicos (LG 30-38)

En otras palabras, la evangelización es tarea de todos, porque todos los miembros participan en la vida del cuerpo. Los laicos, por tanto, no pueden eximirse de esta tarea en los distintos estados en que se encuentren. Y no hay que pensar en empresas extraordinarias y milagrosas. Podemos y debemos ser misioneros incluso en el rellano de nuestras propias casas, en nuestros anónimos bloques de pisos donde nos encontramos sin el menor atisbo de saludo, donde uno puede morir solo en la cárcel de la privacidad y ser reencontrado —ha sucedido desgraciadamente, como atestiguan las crónicas— meses o incluso años después. En efecto, la evangelización de las ciudades, de las grandes ciudades donde el tejido de nuestras relaciones humanas se ha deshilado gravemente, es una urgencia pastoral inaplazable, si realmente queremos ser «peregrinos de la esperanza», como afirma el tema conductor del Jubileo 2025.

Ya podemos sacar una primera conclusión, que servirá para desarrollar las demás partes del discurso. La relevancia del Concilio Vaticano II y de la *Lumen Gentium* en la parte que estamos examinando viene dada también por el hecho de que el apostolado de los laicos en la Iglesia y en el mundo no se contempla de un modo exclusivamente funcional, sino en virtud de una auténtica vocación.

LA VOCACIÓN DE LOS LAICOS

Durante mucho tiempo hemos estado acostumbrados a asociar la palabra vocación con la palabra sacerdocio o con la expresión «especial consagración», entendida como la opción por la vida religiosa masculina y femenina. En realidad, el mismo concilio nos enseña que la vocación tiene un significado más amplio y, aunque con las debidas diferencias, concierne a todas las condiciones de vida de los cristianos. Por tanto, también los laicos tienen su vocación. Al matrimonio y a la familia, en primer lugar, pero más generalmente a la vida social. Así, de hecho, mientras los sacerdotes están destinados principal y propiamente al ministerio sagrado y los hermanos y hermanas dan testimonio de que el mundo puede transfigurarse gracias al espíritu de las bienaventuranzas, los laicos están llamados (*vocati*, precisamente) a buscar el reino de Dios, ocupándose de las cosas temporales y ordenándolas según la voluntad del mismo Dios.

Como la levadura

Podemos imaginar la vocación de los laicos como una especie de levadura que, puesta en la masa del mundo, la hace crecer y desarrollarse, más aún, santificarse. Esta levadura, dice el

concilio, está constituida de modo especial por el «resplandor de la fe, de su esperanza y de su caridad». No es casualidad que se recuerden aquí las tres virtudes teologales como otras tantas brújulas para guiar el camino. Y que se recuerden juntas. Porque se complementan de alguna manera. Y, en efecto, una fe sin caridad, es decir, sin obras (como recuerda Santiago), estaría muerta. Y una caridad sin fe no sería más que pura filantropía, aunque digna, calcada de lo que hoy hacen diversas organizaciones, incluso laicas. A su vez, la fe y la caridad no tendrían razón de ser sin la esperanza, que no es mero optimismo, sino la certeza de que todas las promesas del Padre se cumplen en Cristo. Ni en las pequeñas y grandes dificultades que encontremos y de los momentos más o menos oscuros que atravesemos podemos prescindir de ella.

La vocación de los laicos, por tanto, consiste ante todo en estar en el mundo e iluminar este mismo mundo, en todas sus dimensiones, con el testimonio evangélico. Palabra y acción. Diálogo y denuncia. Enseñanza y ejemplos concretos. No se excluye ninguna forma, porque el objetivo es «manifestar a Cristo a los demás».

Por supuesto, esto no quita la necesidad del compromiso dentro de la Iglesia, en colaboración con los pastores y en ciertos oficios en los que los laicos pueden ofrecer su experiencia. Pero el concilio consigna a cada uno de nosotros un ámbito principal de anuncio y de apostolado que es el de los ambientes vitales que frecuentamos cotidianamente. Son precisamente las «cosas temporales» mencionadas: la familia, el trabajo, el tiempo libre, los afectos, la política, la economía, el cuidado de la creación, los nuevos «contingentes» digitales, la marginalidad, las periferias existenciales y geográficas, las relaciones entre los pueblos y las naciones. En definitiva, ningún ámbito de la vida puede considerarse ajeno al anuncio de Jesús. Y precisamente porque la Iglesia, como decía Pablo VI, es experta en humanidad, tiene derecho de ciudadanía entre las «cosas temporales» o el mundo. De hecho, en esos ámbitos son precisamente los laicos adecuadamente formados quienes deben

ejercer en primer lugar la tarea de embajadores. Son, en otras palabras, las piernas sobre las que se mueve el Evangelio, las bocas que lo proclaman, los corazones que lo hacen palpar, los brazos que lo ponen en práctica. Con compromiso e imaginación.

Sin embargo, el apostolado de los laicos no debe entenderse como una autonomía absoluta, sin ninguna forma de relación con los pastores. La imagen del cuerpo, a la que se refiere explícitamente el concilio, es indicativa. Los miembros no pueden moverse de manera descoordinada, so pena de graves problemas. Del mismo modo, en el cuerpo eclesial, el apostolado de los laicos es una plena participación en la misión salvífica de la Iglesia. El bautismo, la eucaristía, la confirmación y la formación permanente son, pues, los instrumentos que deben permitir a los laicos hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en los que no puede llegar a ser sal de la tierra más que a través de ellos. Ya sea a nivel de testimonio personal, ya sea como presencia organizada a través de asociaciones y movimientos eclesiales, de los que en particular, después del Concilio Vaticano II, hemos asistido a un verdadero florecimiento.

El apostolado de los laicos en el mundo

En efecto, nos encontramos en el centro de nuestro discurso. Entre otras cosas, porque el camino recorrido desde aquel 21 de diciembre de 1964 hasta hoy ha sido verdaderamente notable. Las páginas del magisterio conciliar sobre el apostolado de los laicos han sido de las más fecundas y aplicadas en las Iglesias locales y a nivel de la Iglesia universal. Y el apostolado mismo se ha expresado en un caleidoscopio de formas que han abarcado verdaderamente todos los campos de la existencia humana. Es imposible hacer una lista completa, pero se pueden esbozar algunas líneas generales, no sin recordar que no por casualidad San Pablo VI instituyó en 1967 el Consejo de los Laicos, que luego se convirtió en dicasterio permanente de la Curia romana

en 1976 con el nombre de Pontificio Consejo para los Laicos, hoy fusionado en el dicasterio de Laicos, Familia y Vida tras la reforma promovida por el Papa Francisco y codificada en el *motu proprio Praedicate Evangelium*.

De la actualidad de las intuiciones conciliares sobre el laicado da testimonio también el florecimiento de grupos, asociaciones y movimientos, que coincidió con el tiempo conciliar y alcanzó su madurez sobre todo durante el largo pontificado de San Juan Pablo II, quien los calificó repetidamente de «primavera del Espíritu» y promovió, especialmente coincidiendo con la solemnidad de Pentecostés, memorables encuentros mundiales de estas expresiones del apostolado laical. Notable es también el hecho de que este florecimiento ha producido carismas en diversas direcciones: del compromiso en la política a la salvaguardia de la creación; de la evangelización de los «descartados» a la búsqueda de una unidad en Cristo que no excluya a los no católicos y no creyentes; de la promoción de la paz a la formación de los jóvenes; de la presencia en el mundo de la empresa y de las profesiones a la santificación por el trabajo.

La temporada de los jóvenes

La segunda gran vertiente es la relación de la Iglesia con los jóvenes. Mucho se ha dicho y escrito sobre las Jornadas Mundiales de la Juventud establecidas por San Juan Pablo II para traducir el concilio y anunciar el Evangelio también a la generación que había conocido el 68. Pero una nueva relación, a pesar de las protestas del 68 y del avance del marxismo incluso en amplios sectores de la juventud, había comenzado ya con San Pablo VI, que durante el Jubileo de 1975 quiso un encuentro dedicado precisamente a los jóvenes del mundo. En efecto, puede decirse que los cuatro Jubileos de los últimos 50 años (1975 y 2000 los ordinarios; 1983-1984 y 2015-2016 los extraordinarios) han diseñado —en previsión del Año Santo que ahora es inminente— una especie de itinerario de pastoral juvenil que se ha convertido

en un terreno de apostolado para los jóvenes, con los jóvenes y de los jóvenes a su vez entre sus coetáneos. La idea de una Jornada Mundial de la Juventud, de hecho, nació justo al final del Jubileo de la Juventud incluido en el Año Santo de la Redención querido por el papa Wojtyła. El gran e inesperado éxito de aquel evento llevó al Pontífice a dar un mandato al Consejo Pontificio para los Laicos para que continuara. Así comenzó esa extraordinaria carrera de relevos de la fe que ha llevado a tres papas (después de San Juan Pablo II, Benedicto XVI y ahora Francisco) a encontrarse con millones de jóvenes en grandes ciudades de cuatro continentes. ¿Quién no recuerda el «clamor» (la definición es precisamente la del ahora Santo Papa) de dos millones de chicos y chicas de todo el mundo en Tor Vergata durante el gran Jubileo del año 2000? Y ¿quién puede olvidar la nueva llegada a un Jubileo de la Juventud en 2016 en Cracovia, en la misma ciudad donde Karol Wojtyła fue obispo, durante la vigilia con el papa Francisco?

Roma 1975, Roma 1984, Roma 2000 y Cracovia 2016. Este es el camino jubilar que ahora pide ser continuado y que ha invertido sustancialmente todas las evidencias sobre la relación entre los jóvenes y la Iglesia. De la incomunicación y el rechazo (ya hemos recordado el eslogan en uso en los años setenta: *Cristo sí, la Iglesia no*), al diálogo y la amistad, a un verdadero mandato misionero. Muchos jóvenes de aquella generación reunida por primera vez por San Juan Pablo II se han convertido en adultos en la fe y protagonistas del apostolado de los laicos en distintos campos. Y muchos jóvenes se han hecho misioneros de sus coetáneos con un efecto contagio que se ha convertido en auténtica labor misionera: Iglesia en salida, precisamente. Sin olvidar a quienes han descubierto su vocación sacerdotal y religiosa durante la JMJ. Una vez más, la actualidad del concilio y su fecundidad permanente se representan de forma plástica.

Pero el concilio también ha estimulado la presencia de los laicos católicos en las múltiples fronteras de la caridad. Baste pensar en el nacimiento de Cáritas, tanto nacional y diocesana como internacional, o en la difusión del voluntariado a diversos niveles, incluido el de la cooperación al desarrollo.

Y hablando de caridad, no podemos olvidar la forma de caridad que el papa Montini llamaba «la más alta», es decir, la política, con sus anexos y conexiones económicas y sociales. Este compromiso fue paralelo al desarrollo de la doctrina social de la Iglesia, estimulada por el magisterio de los pontífices, que se plasmó sobre todo en varias encíclicas importantes. En efecto, se podría hablar de un verdadero matrimonio entre los documentos sociales y el compromiso de los laicos en las *res novae* (como las llamaba León XIII a finales del siglo XIX) o «cosas temporales», como las define la *Lumen Gentium*. Por tanto, no es necesario profundizar en ello.

En los años sesenta, por ejemplo, la paz y su interacción con el desarrollo humano fueron los temas principales. Y si la *Pacem in terris* de San Juan XXIII apuntaba a una perspectiva casi revolucionaria para la época, dominada toda ella por el enfrentamiento Este-Oeste y la Guerra Fría (que corría el riesgo de volverse muy caliente, incluso nuclear, a raíz de la cuestión de los misiles rusos en Cuba), la *Populorum Progressio* de San Pablo VI ensanchó el estrecho camino de la paz, recordando a todos que los conflictos surgen también de los desequilibrios económicos inducidos por la explotación de pueblos y regiones enteras. No se puede dejar de ver, entre otras cosas, la profecía contenida en esas dos encíclicas, a la luz de las crónicas de nuestro tiempo y del magisterio del papa Francisco.

El protagonismo de los laicos —independientemente de algunos saltos adelante y a veces de la tergiversación del auténtico espíritu de renovación conciliar (piénsese en las protestas que penetraron como «humo de Satanás» incluso dentro de la Iglesia y en el agrio debate sobre la *Humanae Vitae* de San Pablo VI)— vivió así su primera estación unificadora gracias al rechazo de la guerra como instrumento para resolver las controversias internacionales y a la difusión de una mentalidad cada vez más inspirada en la paz y el diálogo. El propio Pablo VI fue portavoz de esta mentalidad, que también se extendió durante gran parte de los años setenta, cuando la tragedia de la guerra de Vietnam alcanzó su punto álgido, al pronunciar

en su discurso ante la Asamblea General de la ONU su famoso: «Nunca más la guerra».

Con los ojos de la fe podemos decir hoy que las exigencias de aquel tiempo sirvieron para que la Providencia preparara el camino para el advenimiento de un papa como San Juan Pablo II, que abriría nuevas perspectivas para el apostolado de los laicos, tanto con la superación de la oposición político-militar e ideológica entre las grandes potencias, como con sus encíclicas sociales (*Sollicitudo rei socialis*, *Laborem exercens* y *Centesimus annus*), y sobre todo con un sínodo y una exhortación apostólica (*Christifideles laici*), dedicados precisamente al tema del apostolado de los laicos.

Mientras tanto, en la parte final de los años setenta y a lo largo de la década de los ochenta, la aparición de otros temas vino acompañada de la maduración de la confrontación Este-Oeste que conduciría a la caída del Muro de Berlín y al fin del comunismo y de la Unión Soviética. Por ejemplo, el tema del trabajo pasó a primer plano con el papa Wojtyła dando un vuelco al tradicional enfoque prometeico propuesto por el marxismo (el trabajo visto como condena y explotación, con la consecuencia de recurrir a la lucha de clases, que en ocasiones —véase el caso italiano de los años setenta— se convirtió en una auténtica lucha armada) para proponer la visión cristiana del trabajo como participación en la creación. El trabajo es para el hombre y no viceversa, subrayó el pontífice, y es un elemento constitutivo de su dignidad. Se trata de una revolución copernicana que va a la par de la de San Josemaría Escrivá de Balaguer, no por casualidad beatificado y luego canonizado por el papa Wojtyła, del trabajo como instrumento de santificación.

Se trata de principios de importancia fundamental que se convertirán en directrices para el compromiso laico, incluso en la temporada posterior de la globalización, marcada por el fenómeno de la explotación de mano de obra barata en los países en desarrollo, unido al creciente desempleo inducido en los ricos por la deslocalización de muchas actividades productivas.

EXHORTACIÓN APOSTÓLICA *CHRISTIFIDELES LAICI*

En este contexto, el 30 de diciembre de 1988 se publicó la exhortación apostólica *Christifideles Laici*. No es sólo el documento que resume lo que había surgido del sínodo de los obispos de 1987, que tuvo como tema: «Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo». Es también y sobre todo un balance, a distancia de los primeros veinte años, de lo que el concilio había hecho y suscitado en el apostolado de los laicos. Todavía hoy se puede decir que la exhortación apostólica escrita por San Juan Pablo II constituye un punto de referencia fundamental en lo que se refiere a la vocación de los fieles laicos, su comunión y su participación en la vida y en la misión de la Iglesia, también porque *Christifideles Laici* reafirma su dignidad, corresponsabilidad y participación en la misión salvífica de Cristo, en la perspectiva del misterio de comunión misionera que es la Iglesia.

Síntesis de Evangelio y vida

Entre otras cosas, el texto se engarza como una gema preciosa en un pontificado como el de San Juan Pablo II. El que fuera arzobispo de Cracovia puede ser definido como el «Papa de los laicos» por excelencia, no sólo por el gran espacio que

Los laicos (LG 30-38)

los movimientos laicales han tenido en su magisterio, sino también y, sobre todo, por la fe que ha demostrado en la capacidad evangelizadora de los laicos. Además, basta releer las palabras programáticas de su servicio petrino también desde esta perspectiva:

¡No tengan miedo! ¡Abran, abran de par en par las puertas a Cristo!
A su poder salvífico abran las fronteras de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización, del desarrollo. No tengan miedo. Cristo sabe «lo que hay dentro del hombre. Sólo Él lo sabe».

Aquí se esbozan todos los ámbitos del apostolado, esas «cosas temporales» —política, economía, cultura, desarrollo— a las que ya se ha hecho referencia varias veces. Y no es casualidad que estas frases se encuentren también en la *Christifideles Laici*, y además en el párrafo dedicado a la nueva evangelización. Como también parece consecuente que, inmediatamente después, la exhortación apostólica añada:

Abrir de par en par las puertas a Cristo, acogerlo en el espacio de la propia humanidad, no es en absoluto una amenaza para el hombre, sino el único camino a recorrer si se quiere reconocer al hombre en toda su verdad y exaltarlo en sus valores. Será la síntesis vital que los fieles laicos sabrán hacer entre el Evangelio y los deberes cotidianos de la vida el testimonio más espléndido y convincente.

Síntesis vital entre el Evangelio y la vida. He aquí, pues, la brújula que San Juan Pablo II indica en su documento y que es una emanación directa del Concilio Vaticano II. Siguiendo esa brújula, *Christifideles Laici* presenta una síntesis orgánica de las enseñanzas del concilio sobre los laicos y recuerda su evolución tras el período conciliar; aborda la presencia y el

significado de los movimientos eclesiales y realiza el necesario discernimiento de las experiencias de los laicos en el primer postconcilio. Además, ofrece nuevas orientaciones dirigidas a «suscitar y alimentar una conciencia más decidida del don y de la responsabilidad que todos los fieles [...] tienen en la comunión y en la misión de la Iglesia».

Parte de un horizonte muy amplio. El *incipit* del documento recuerda, en efecto, la parábola evangélica de la llamada del Señor a trabajar en su viña. El relato se encuentra en Mateo, al principio del capítulo 20, y comienza así: «El reino de los cielos es semejante a un padre de familia que salió al amanecer a contratar obreros para su viña. Habiéndose puesto de acuerdo con ellos por un penique al día, los envió a su viña». La viña es el mundo entero, escribe San Juan Pablo II, y los obreros son la multitud de personas, hombres y mujeres, llamados y enviados por Dios a trabajar en ella. Entre ellos, los fieles laicos, numéricamente hablando la inmensa mayoría del pueblo de Dios, tienen plena dignidad. Tanto los de la primera hora, como los de las horas intermedias e incluso los obreros de la última hora. El mandato misionero del concilio se repite aquí de forma plena y aún más convencida.

Pero ciertamente no es un optimismo ingenuo el del papa polaco y del sínodo de obispos cuyas conclusiones resume en la exhortación apostólica. El balance destaca las luces, pero no oculta las sombras. Tomemos, por ejemplo, el hecho de que el camino postconciliar de los fieles laicos no ha estado exento de dificultades y peligros. En particular, el texto recuerda dos tentaciones de las que no siempre han podido escapar: la de reservar un interés tan fuerte a los servicios y tareas eclesiales, que a menudo llegan a un desentendimiento práctico en sus responsabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, cultural y político; y la de legitimar la indebida separación entre fe y vida, entre acogida del Evangelio y acción concreta en las más diversas realidades temporales y terrenas. Ambas notaciones son de gran actualidad aún hoy. La primera se refiere sustancialmente a una mentalidad clerical o de «sacristía», que privilegia la autorreferencialidad

sobre el dinamismo de la Iglesia en salida. La segunda, en cambio, nos devuelve dramáticamente la imagen de una «secularización» —o como diría el papa Francisco— de una «mundanización» de la fe que (quizás con la justificación del diálogo con el mundo) acaba comprometiéndose fuertemente con visiones de la vida alternativas al cristianismo. Era lo que el teólogo ortodoxo Olivier Clément llamaba el peligro de la dilución del cristianismo en la modernidad (y podríamos añadir en la posmodernidad), perdiendo en esencia la característica propia de los fieles de Cristo de ser levadura en la masa y sal de la tierra.

Pero, naturalmente, no faltaron los frutos positivos, constató San Juan Pablo II. Tras el concilio, los padres sinodales han podido constatar cómo el Espíritu ha seguido rejuveneciendo la Iglesia, suscitando nuevas energías de santidad y de participación en tantos fieles laicos. Lo atestiguan, entre otras cosas, el nuevo estilo de colaboración entre sacerdotes, religiosos y fieles laicos; la participación activa en la liturgia, en el anuncio de la Palabra de Dios y en la catequesis; los múltiples servicios y tareas encomendados y asumidos por los fieles laicos; el florecimiento de grupos, asociaciones y movimientos de espiritualidad y compromiso laical; la participación más amplia y significativa de la mujer en el desarrollo de la sociedad y en la vida de la Iglesia. A este respecto, no se puede dejar de recordar otro importante documento de San Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem*, que abre el camino al «genio femenino» también en las funciones de vértice en la Iglesia. Una tendencia que será confirmada también por Benedicto XVI y Francisco, que confió tareas de responsabilidad a las mujeres, incluidas las laicas, en la Curia romana y estableció en el *Praedicate Evangelium* con el que reformó la misma curia que también los laicos y las laicas pueden ser jefes de algunos dicasterios.

Christifideles Laici revisa el anuncio del Evangelio en los ámbitos del servicio a la persona y a la sociedad, la defensa del derecho a la vida, la libertad religiosa. Por supuesto, también hay una gran atención a la familia, primer espacio de compromiso social, de caridad, alma y sostén de la solidaridad;

a la política, ámbito en el que todos están llamados a ser destinatarios y protagonistas, para la vida económico-social, con la apremiante invitación a poner en el centro al hombre y no al beneficio (tema que, como veremos, desarrollarán también Benedicto XVI en la *Caritas in veritate* y el papa Bergoglio en sus encíclicas sociales de las que nació el movimiento llamado «Economía de Francisco»). Sin olvidar el tema tan querido por el papa Wojtyła de la evangelización de la cultura y de las culturas humanas. A este respecto, se ha hecho justamente famosa una frase suya pronunciada en el congreso nacional del MEIC, Movimiento Eclesial de Compromiso Cultural, el 16 de enero de 1982: «Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente aceptada, no enteramente pensada, no fielmente vivida». Se abre así otro vasto campo de compromiso para el apostolado de los laicos. Quizá en cierto sentido el más influyente y decisivo. En cualquier caso, llama la atención cómo la enumeración de estos campos de acción se corresponde perfectamente, ampliándolo y profundizándolo, con el «esquema» ya examinado, presente en la declaración programática de «Abran las puertas a Cristo».

La Nueva Evangelización

En *Christifideles Laici*, en esencia, el discurso inaugurado por el concilio recibe su propio desarrollo y sistematización, entrelazándose además con el tema de la nueva evangelización, al que se dedica el tercer capítulo y que recorrerá todo el pontificado de Karol Wojtyła. La expresión «nueva evangelización» fue utilizada por el papa ya en 1979 durante su primera peregrinación apostólica a Polonia. El 9 de junio, en el barrio símbolo del comunismo, Nowa Huta, el mismo barrio donde él, como arzobispo de Cracovia, celebró misa al aire libre en una noche muy fría de Navidad porque las autoridades no habían concedido el permiso para construir una iglesia, se detuvo junto a una cruz que unos obreros habían plantado en el barrio y dijo: «Ha comenzado una nueva evangelización».

Después de aquella primera vez, la expresión sería citada en diversas ocasiones, hasta recibir definiciones cada vez más completas y convertirse en un verdadero programa pastoral. Cuatro años más tarde, en 1983, por ejemplo, dirigiéndose a los obispos del CELAM, la Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, reunidos en asamblea, Wojtyła explicaba: «No se trata de una reevangelización, sino de una nueva evangelización. Nueva en su ardor, en sus métodos y en sus expresiones». Y en la IV Conferencia General, en 1992 en Santo Domingo, retomó el concepto, profundizándolo:

La nueva evangelización no consiste en un «nuevo evangelio», que derivaría siempre de nosotros mismos, de nuestra cultura, de nuestro análisis de las necesidades humanas. Porque esto no sería «evangelio», sino pura invención humana y no habría salvación en ello. La nueva evangelización tiene como punto de partida la certeza de que en Cristo hay una «riqueza inescrutable».

La referencia a la nueva evangelización, contenida en la *Christifideles Laici*, va exactamente en esta dirección. Por una parte, el papa subraya que «ha llegado la hora de emprender una nueva evangelización»; por otra, dirige una apremiante invitación precisamente a los laicos para que se conviertan en coprotagonistas, dando así continuidad a la parte de la *Lumen Gentium* en la que se afirma que «los laicos están especialmente llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en los que no puede llegar a ser sal de la tierra más que a través de ellos».

El pensamiento de Juan Pablo II sobre la nueva evangelización parte, en primer lugar, de un análisis de la situación:

Países y naciones enteros, donde la religión y la vida cristiana fueron en otro tiempo florecientes y capaces de suscitar comunidades de fe viva y activa, se ven hoy puestos a prueba, y a veces incluso

radicalmente transformados, por la continua difusión del indiferentismo, del laicismo y del ateísmo. Esto sucede especialmente en los países y naciones del llamado primer mundo, donde la prosperidad económica y el consumismo, aunque mezclados con temibles situaciones de pobreza y miseria, inspiran y sostienen una vida vivida como si Dios no existiera. Ahora bien, la indiferencia religiosa y la total insignificancia práctica de Dios incluso para los graves problemas de la vida no son menos preocupantes y subversivas que el ateísmo declarado. E incluso la fe cristiana, aunque sobreviva en algunas de sus manifestaciones tradicionales y ritualistas, tiende a desarraigarse de los momentos más significativos de la existencia, como son los momentos de nacer, sufrir y morir.

Es en esencia el estilo de vida que el cardenal Joseph Ratzinger, que más tarde sucedería a Juan Pablo II en la cátedra de Pedro bajo el nombre de Benedicto XVI, estigmatizaría en tantos de sus discursos. Recordemos, por ejemplo, un pasaje de la *Missa pro eligendo pontifice* que presidió como cardenal decano tras la muerte del papa Wojtyła:

Cuántos vientos de doctrina hemos conocido en estas últimas décadas, cuántas corrientes ideológicas, cuántas modas de pensamiento —subrayaba el entonces cardenal Ratzinger—. La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos se ha visto agitada no pocas veces por estas olas, zarandeada de un extremo a otro: del marxismo al liberalismo, al libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo y así sucesivamente. Cada día nacen nuevas sectas y se hace realidad lo que dice San Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a arrastrarlos al error [la referencia es a *Efesios* 4,14]. Tener una fe clara, según el Credo de la

Los laicos (LG 30-38)

Iglesia, se califica a menudo de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse llevar «de aquí para allá por todo viento de doctrina», parece ser la única actitud acorde con los tiempos actuales. Se está configurando una dictadura del relativismo, que no reconoce nada como definitivo y que sólo deja como medida última el yo y sus apetencias. Nosotros, en cambio, tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el verdadero hombre. Él es la medida del verdadero humanismo.

Es precisamente el desafío lanzado a los laicos por el concilio y confirmado por la *Christifideles Laici*. Un desafío que abarca plenamente las instancias de la llamada bioética, es decir, los aspectos del nacer y del morir. A este respecto, no parece superfluo recordar que ya a finales del siglo pasado, un arzobispo italiano, Ersilio Tonini, que recibió la púrpura cuando ya era emérito, es decir, había dejado la dirección de la diócesis de Rávena-Cervia, sostenía que los parlamentos del año 2000 tendrían que ocuparse cada vez más a menudo de estas cuestiones. Sus palabras, como vemos en la crónica de nuestros días, resultaron proféticas, sobre todo porque desvelaron otra de las grandes vertientes del apostolado de los laicos. Así lo indicó también San Juan Pablo II en otra de sus encíclicas, *Evangelium Vitae*, que por algunos aspectos puede considerarse parte integrante de la doctrina social de la Iglesia.

Por eso, ya en 1988, Juan Pablo II escribió: «Sólo una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe clara y profunda, capaz de hacer de estas tradiciones una fuerza de auténtica libertad». Y añadía: «En todas partes es ciertamente urgente rehacer el tejido cristiano de la sociedad humana. Pero la condición *es que se rehaga el tejido cristiano de las propias comunidades eclesiales* que viven en estos países y naciones».

Ahora bien, los fieles laicos, en virtud de su participación en el oficio profético de Cristo, están plenamente implicados en esta tarea de la Iglesia. A ellos

corresponde, en particular, testimoniar —superando ante todo en sí mismos, como ya se ha dicho, la distancia entre el Evangelio y la vida— cómo la fe cristiana constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y a las esperanzas que la vida plantea a todo hombre y a toda sociedad.

Después del muro y los nuevos retos

A principios de la década de 1990, especialmente tras la caída del Muro de Berlín y del comunismo, se vislumbraban aún más retos en el horizonte. El papa Wojtyła captó inmediatamente su importancia, publicando en 1991 la encíclica *Centesimus Annus* con motivo del centenario de la primera encíclica social, la *Rerum Novarum* de León XIII. El papa, que derrotó al comunismo y recordó su error antropológico fundamental (haber cerrado esencialmente el cielo sobre la cabeza del hombre, reduciéndolo a la dimensión física y terrenal), advierte ahora contra los peligros del capitalismo desenfrenado, que —aunque partiendo de supuestos diametralmente opuestos a los del marxismo— acaba también por «cosificar» a las personas, reduciéndolas a una esclavitud sustancial y esclavizándolas al dios dinero. La *Centesimus Annus* marca otro hito en el compromiso de los laicos: la evangelización del mundo de la economía. Un hilo rojo que nos conduce desde los años 90 hasta nuestros días, pasando por los tres últimos pontificados.

Como hemos visto, en efecto, mientras que del compromiso de los laicos en política se ha hablado siempre y en algunos países, como en Italia, por ejemplo, ha tomado incluso formas organizadas en ciertos momentos históricos (partido único y sindicato de inspiración católica), la atención del Magisterio a la economía es una adquisición más reciente. En la *Christifideles Laici*, se recuerdan los principios de la doctrina social de la Iglesia, en primer lugar, el del destino universal de los bienes («los bienes de la tierra son, en el plan de Dios, ofrecidos a todos los hombres y a cada hombre como medio para el desarrollo de una vida auténticamente

humana»), se recuerda que la propiedad privada tiene también una función social intrínseca, por esta misma razón se vuelve a poner el acento en el trabajo y se hace referencia a la ecología con acentos proféticos cuyo pleno significado quizá sólo podamos percibir hoy:

El hombre —escribió el Pontífice al respecto— tiene en sus manos un don que debe ser transmitido, si es posible, incluso mejorado a las generaciones futuras. Por tanto, dominar la creación, según el mandato otorgado al hombre por el Creador, no implica ciertamente la «libertad de “usar y abusar”, o de disponer de las cosas como a uno le plazca [...]; con respecto a la naturaleza visible [...], estamos sujetos a leyes no sólo biológicas, sino también morales, que no se pueden transgredir impunemente. Una concepción justa del desarrollo no puede ignorar estas consideraciones sobre la utilización de los elementos de la naturaleza, la renovabilidad de los recursos y las consecuencias de una industrialización desordenada».

En el fondo, también en este ámbito, San Juan Pablo II afirma claramente que «todo esto forma parte particularmente de la misión de los fieles laicos». Y no sólo eso. Citando el concilio, y especialmente la constitución *Gaudium et Spes*, añade: «También en la vida económica y social hay que honrar y promover la dignidad y la vocación integral de la persona humana, así como el bien de toda la sociedad. En efecto, el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económica y social».

La lección de San Juan Pablo II sería retomada y profundizada por Benedicto XVI, en muchos de sus discursos y especialmente con la encíclica *Caritas in Veritate*, quizá la primera encíclica social dedicada por entero al tema económico. Eran las intenciones del papa Ratzinger que saliera cuarenta años después de la *Populorum Progressio* de Pablo VI, pero la crisis económica de 2008 llevó a una profunda revisión del texto, mismo

que contiene importantes novedades en el campo de la doctrina social de la Iglesia. Benedicto XVI, en efecto, vincula también la acción económica a la ética y afirma sin ambages que no puede haber una economía totalmente desvinculada de la moral: «La economía —reitera el Pontífice— necesita de la ética para su funcionamiento colectivo; no de cualquier ética, sino de una ética amiga de la persona». La misma centralidad de la persona, afirma, debe ser el principio rector tanto en las transacciones y en el comercio, como «en las intervenciones para el desarrollo» de los pueblos.

Esta centralidad de la ética, incluso cuando se trata de la economía, encuentra uno de sus campos de realización en la llamada *economía del don*, que es otra de las novedades retomadas por la encíclica y reinterpretada en clave cristiana. ¿De qué se trata? De ella habla el tercer capítulo de la encíclica, que se abre con un elogio de la experiencia del don, a menudo no reconocida «a causa de una visión meramente productivista y utilitarista de la existencia». La creencia en la autonomía de la economía respecto a las «influencias morales», señala el Papa, «ha llevado al hombre a abusar del instrumento económico de un modo incluso destructivo». El desarrollo, «si quiere ser auténticamente humano», debe en cambio «dar espacio al principio de gratuidad». Esto se aplica en particular al mercado: «Sin formas internas de solidaridad y confianza mutua», advierte, «el mercado no puede cumplir plenamente su función económica». El mercado, reitera, «no puede depender sólo de sí mismo, debe extraer energías morales de otros sujetos» y no debe considerar a los pobres una «carga, sino un recurso». El mercado no debe convertirse en «un lugar de los fuertes sobre los débiles». Y añade: la lógica mercantil debe estar «orientada a la búsqueda del bien común, del que debe responsabilizarse también y sobre todo la comunidad política». El papa señala que el mercado no es negativo por naturaleza. Por tanto, es el hombre, «su conciencia moral y su responsabilidad» lo que se pone en tela de juicio. Los «principios tradicionales de la ética social» (transparencia, honestidad y responsabilidad) «no pueden descuidarse». Además, se necesitan «leyes

Los laicos (LG 30-38)

justas» y, por ello, retomando la *Centesimus Annus*, Benedicto XVI señala la «necesidad de un sistema de tres sujetos»: mercado, Estado y sociedad civil y anima a una «civilización de la economía», del mismo modo que insta a respetar la creación.

Sabemos que esta encíclica fue redactada con la contribución de autorizados economistas católicos. Esto permite ver que el compromiso de los laicos en las «cosas temporales», promovido por el concilio, se realiza también en el campo económico.

LA EVANGELIZACIÓN DE LA ECONOMÍA Y EL MEDIO AMBIENTE

Economía de residuos

La fecundidad de esta enseñanza será retomada y profundizada por Francisco. Si, por ejemplo, en un discurso al Consejo Pontificio para los Laicos, Benedicto XVI recordaba que la mentalidad de renuncia a lo trascendente, cada vez más extendida en nuestro tiempo, genera una crisis de sentido y de valores, antes que una crisis económica y social, es Francisco quien retoma y relanza esta idea.

En la doctrina social de la Iglesia, de hecho, el papa Bergoglio introduce una novedad fundamental: la visión compleja de los problemas que encuentra en la expresión «ecología integral», en el centro de su encíclica *Laudato si'* (posteriormente reafirmada también por *Fratelli tutti*), su formulación de síntesis. Para entender de qué se trata y cómo repercute en el apostolado de los laicos, es necesario repasar brevemente el pensamiento del papa Francisco. Ya en la homilía de la misa de inauguración de su pontificado, el 19 de marzo de 2013, se había referido de hecho a San José como ejemplo del hombre-custodio, indicando precisamente en la custodia, es decir, en el cuidado, la actitud propia de los seguidores de Cristo (y por tanto también de los fieles laicos). Cuidar no sólo de la Iglesia (a imitación de

lo que el carpintero de Nazaret hizo con María y Jesús), sino también de la familia, de la creación y, en general, de todos los hermanos, especialmente de los más pobres y desfavorecidos. Cuidando, en definitiva, de la familia humana en su conjunto y de la casa común que habitamos. A partir de esta enseñanza, el papa, procedente del Sur, ha ido estigmatizando una serie de comportamientos que contradicen la actitud del cuidador. En primer lugar, la llamada economía del desperdicio.

Ya en una audiencia general en 2013, el primer año de su pontificado, el papa Francisco advirtió:

El peligro es grave porque la causa del problema no es superficial, sino profunda: no es una cuestión económica, sino ética y antropológica. La Iglesia lo ha subrayado muchas veces. Lo que manda hoy no es el hombre, es el dinero. Pero Dios, nuestro Padre, ha dado la tarea de custodiar la tierra no al dinero, sino a nosotros: a los hombres y a las mujeres. ¡Nosotros tenemos esta tarea! En cambio, hombres y mujeres son sacrificados a los ídolos del beneficio y del consumo: es la «cultura del desperdicio». Si se estropea un ordenador, es una tragedia, pero la pobreza, las necesidades, los dramas de tanta gente acaban convirtiéndose en algo normal. Si una noche de invierno, cerca de aquí, en Via Ottaviano, por ejemplo, muere una persona, no es noticia. Si en muchas partes del mundo hay niños que no tienen comida, eso no es noticia, eso parece normal. No puede ser. Sin embargo, estas cosas forman parte de la normalidad: que algunos sin techo mueran de frío en la calle no es noticia. Por el contrario, una caída de diez puntos en la bolsa de algunas ciudades es una tragedia. Así que se descarta a las personas, como si fueran desechos. Esta «cultura del descarte» tiende a convertirse en una mentalidad común, que contagia a todo el mundo. La vida humana, la persona, ya no se siente como un valor primordial que hay que respetar y proteger, sobre todo si es pobre o discapacitada, si ya no es necesaria —como el niño no nacido—, o ya no se necesita —como los ancianos—.

«En definitiva —argumenta el Papa Francisco, escribiéndolo también

en el documento programático de su pontificado, la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*—, no podemos ignorar que una economía así estructurada mata porque sólo pone y obedece al dinero en el centro: cuando la persona deja de estar en el centro, cuando ganar dinero se convierte en el objetivo primario y único, estamos fuera de la ética y se construyen estructuras de pobreza, esclavitud y despilfarro».

Ecología integral

En la encíclica *Laudato si'*, pues, expone sistemáticamente su doctrina y el concepto de ecología integral:

Cuando hablamos de «medio ambiente» —escribe el papa— nos referimos también a una relación particular: la que existe entre la naturaleza y la sociedad que la habita. Esto nos impide considerar la naturaleza como algo separado de nosotros o como un mero marco para nuestras vidas. Estamos incluidos en ella, formamos parte de ella y estamos impregnados por ella.

En esencia, Francisco se mueve con la plena conciencia de que todo en el mundo está íntimamente conectado y que la defensa de los ecosistemas, la preservación de la biodiversidad, la conservación de las especies nunca serán verdaderamente eficaces si se separan de cuestiones aparentemente distantes como la política y la economía, la migración, la planificación urbana y las relaciones sociales. Incluso la cultura y el comportamiento individual forman parte de esta globalización ecológica, como se afirma claramente en la encíclica.

Comprendemos la gran novedad de su magisterio. Al principio, en efecto, el movimiento ecologista surgió para luchar sobre todo contra las derivas contaminantes individuales: DDT y dioxina, por ejemplo. Luego, una primera evolución llevó a la constatación de que la acción debía ser más sistémica: ríos, lagos, mares, el propio aire que respiramos, ensuciado por los vertidos industriales; o la batalla contra la energía nuclear y sus riesgos (Chernobil es la muestra). Todo ello, sin embargo, filtrado por una visión que ponía

al hombre en el banquillo de los acusados y que, en sus expresiones más radicales, llegaba incluso a imprecicar un planeta Tierra dominado por la visión neomalthusiana del control de la natalidad o incluso sin la presencia de personas. En este panorama, fue Pablo VI quien introdujo la noción de «ecología humana», retomada después también por San Juan Pablo II y Benedicto XVI, y quien nos recordó que un ecologismo unidireccional, orientado sólo a limitar la actividad humana y olvidando el respeto que el hombre debe ante todo a su propio cuerpo, sería ciertamente incompleto y, por tanto, potencialmente ineficaz, cuando no francamente dañino. El papa Francisco ha cerrado en cierto sentido el círculo. «Su» ecología integral no sólo abarca la preservación de la creación y la ecología humana, sino que va más allá, poniendo de relieve las diferentes interacciones entre las ciencias exactas, la política, la economía, la cultura, la organización social y, en última instancia, la visión antropológica. El ejemplo más llamativo es la relación entre el cambio climático y el aumento de la pobreza. Una relación que en muchos casos es de causa y efecto. Del mismo modo que, a su vez, algunas mutaciones ecológicas parecen derivarse de opciones económicas cuestionables. «Las razones por las que un lugar está contaminado», escribe el papa, «requieren un análisis del funcionamiento de la sociedad, de su economía, de sus comportamientos, de sus modos de entender la realidad». En otras palabras, «es fundamental buscar soluciones integrales, que consideren las interacciones de los sistemas naturales entre sí y con los sistemas sociales. No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social», advierte Francis, «sino una única y compleja crisis socioambiental».

Economía de Francisco

Si, por tanto, hay una crisis que afecta a aspectos económicos, sociales, medioambientales y políticos, es evidente que esta situación debe afrontarse con una nueva actitud. De este Magisterio partió el movimiento, princi-

palmente de jóvenes, pero con la contribución de destacados economistas, conocido como «Economía de Francisco». Un ejemplo más de cómo el magisterio puede desencadenar el apostolado de los laicos.

¿Qué es la «economía de Francisco»? La primera referencia es a la llamada «economía circular», es decir, un modelo de producción y consumo que implica compartir, prestar, reutilizar, reparar, reacondicionar y reciclar materiales y productos durante el mayor tiempo posible. Esto alarga su ciclo de vida, ayudando a minimizar los residuos y a contener lo que el papa denomina «cultura del desperdicio». Por el contrario, el modelo económico lineal tradicional se basa en el patrón típico: «extraer, producir, usar y tirar». La Economía de Francisco es, por tanto, una economía más solidaria, sostenible e inclusiva.

El papa lo explica así: «La Tierra nos precede y nos ha sido dada», y éste es un elemento clave de nuestra relación con los bienes de la Tierra y, por tanto, una premisa fundamental para nuestros sistemas económicos. Somos administradores de los bienes, no amos. A pesar de ello, la economía enferma que mata parte de la suposición de que somos dueños de la creación, capaces de explotarla para nuestros propios intereses y crecimiento. La pandemia nos ha recordado este profundo vínculo de reciprocidad; nos recuerda que hemos sido llamados a cuidar los bienes que la creación da a todos; nos recuerda nuestro deber de trabajar y distribuir estos bienes para que nadie quede excluido. Por último, nos recuerda también que, inmersos en un mar común, debemos abrazar la necesidad de una nueva fraternidad. Este es un momento propicio para volver a sentir que nos necesitamos unos a otros, que tenemos una responsabilidad mutua y con el mundo. El proyecto consiste en formar a las nuevas generaciones de economistas y empresarios para que respeten nuestra interconexión con la Tierra. Y, al mismo tiempo, estimular el compromiso de todos, desde los centros de poder y aprendizaje hasta los ciudadanos individuales, para que se comporten de una manera ambientalmente sostenible y, sobre todo, humana, incluso cuando elegimos un producto.

Los laicos (LG 30-38)

Hemos llegado así al final de esta rápida y ciertamente no exhaustiva revisión de cómo la enseñanza conciliar sobre la *Christifideles Laici* se ha desarrollado y continúa desarrollándose según los «signos de los tiempos», para orientar su compromiso en las «cosas temporales». Desde el concilio hasta nuestros días, como hemos visto, este compromiso se ha desarrollado en varias direcciones. Es un signo de la vitalidad y actualidad del mismo concilio, cuya traducción en realidades cotidianas continuará en el futuro, y precisamente gracias a un apostolado cada vez más consciente y profundo por parte de los laicos.

EL COMPROMISO DE LOS LAICOS EN LA IGLESIA

De la mano del compromiso en el mundo, el papel de los laicos dentro de la Iglesia también ha crecido gracias a las intuiciones conciliares. Una premisa: este papel está y debe estar libre de cualquier actitud clerical. Tanto por parte de los sacerdotes, como por parte de los propios laicos, porque —nos recuerda a menudo el papa Francisco— el clericalismo es como el tango: se baila de dos. Además, el compromiso dentro de la comunidad eclesial no debe identificarse ciertamente con tareas secundarias, sino que debe contribuir a la edificación de la comunidad eclesial.

Es sobre todo la *Lumen Gentium* 37 la que se pone aquí en primer plano. En efecto, por una parte, se describe la relación de reciprocidad entre los laicos y la jerarquía (obispos y sacerdotes ,sobre todo, pero también —cuando es necesario— religiosos y religiosas). Por otra parte, se mencionan las tareas que los propios laicos están llamados a desempeñar dentro de la Iglesia. En cuanto a la relación, se dice que debe estar marcada por «la libertad y la confianza propias de los hijos de Dios y hermanos en Cristo». Los laicos están llamados a «acoger de buen grado» con «obediencia cristiana lo que los pastores, como representantes de Cristo, establecen en nombre de su Magisterio y autoridad en la Iglesia, siguiendo en esto el

ejemplo de Cristo». Y se añade también que los laicos deben rezar por los pastores (no es casualidad, por ejemplo, que el papa Francisco termine cada uno de sus discursos pidiendo que recen por él).

Por otra parte, sin embargo, los pastores deben reconocer y promover la dignidad y la responsabilidad de los laicos en la Iglesia, confiándoles tareas y oficios según la competencia de cada uno y respetando su debida libertad. Los miembros del laicado, por su parte, tienen el derecho y el deber de dar a conocer su opinión sobre los asuntos que conciernen al bien de la Iglesia.

Estas declaraciones dieron mucho fruto en las décadas posteriores al concilio. En efecto, la vida de las comunidades eclesiales de todo el mundo se ha beneficiado de la contribución de los laicos en muchos campos: la catequesis, la liturgia y la caridad, en primer lugar. Pero también la actividad cultural de parroquias y diócesis, por no hablar de la contribución en la gestión administrativa y económica de muchos organismos eclesiásticos. Generaciones de catequistas han educado y siguen educando en la fe a las nuevas generaciones; músicos expertos animan las celebraciones litúrgicas como instrumentistas o coralistas o como directores de coro; laicos son habitualmente quienes proclaman las lecturas y leen las intenciones de las oraciones de los fieles durante la Misa, así como los ministros extraordinarios de la eucaristía que diariamente llevan el Cuerpo de Cristo a los enfermos y a quienes ya no pueden acudir a la iglesia por su avanzada edad. Y éstas son sólo algunas de las tareas más extendidas. Sin olvidar el voluntariado en el ámbito de la caridad activa y la asistencia a los sectores más desfavorecidos de la población.

Estos «ministerios» de facto se han extendido tanto que, recientemente, el papa Francisco, con dos *motu proprio* (*Spiritus Domini* y *Antiquum Ministerium*) ha establecido normas para los ministerios instituidos de lector, acólito y catequista. Esta última figura es conocida por todos. Menos conocidas son quizá las otras dos. El *lector* es el que proclama la Palabra de Dios en la asamblea litúrgica, *ante todo* en la celebración eucarística; los laicos y laicas pueden tener también un papel en las diversas formas litúrgicas de

celebración de la Palabra, en la Liturgia de las Horas y en las (primeras) iniciativas de proclamación. El lector también prepara a la asamblea para la escucha de los pasajes bíblicos, anima los momentos de oración y meditación (*lectio divina*) sobre los textos bíblicos y acompaña a los fieles y a los que están en búsqueda al encuentro vivo con la Palabra. *El acólito*, por su parte, es quien sirve en el altar, coordina el servicio de distribución de la comunión dentro y fuera de la celebración de la Eucaristía, especialmente a quienes están físicamente impedidos para participar en la celebración. También anima la adoración y las distintas formas de culto eucarístico. Importantes servicios, por tanto, que tienen cada vez más a los laicos como protagonistas.

Pero hay también otro ámbito en el que el apostolado de los laicos se ha desarrollado mucho, desde el concilio hasta hoy: el de los consejos pastorales parroquiales y diocesanos y el de los consejos de asuntos económicos. En particular, el consejo parroquial de asuntos económicos (CPAE) es el órgano de colaboración de los fieles con el párroco en la gestión administrativa de la parroquia. En efecto, el canon 537 del Código de Derecho Canónico prescribe:

En cada parroquia debe haber un consejo para los asuntos económicos, que se rige no sólo por el derecho universal, sino también por las normas dadas por el obispo diocesano. En este consejo, los fieles, elegidos según las mismas normas, deben ayudar al párroco en la administración de los bienes de la parroquia, según las normas del derecho, en todos los negocios jurídicos.

Se trata de una adquisición importante, sobre todo en un asunto tan delicado como el dinero, que a menudo puede convertirse en motivo de escándalo por una mala gestión. Los laicos, por tanto, «según los conocimientos, competencia y prestigio de que gocen» pueden y deben ayudar al párroco a gestionar bien la parroquia desde el punto de vista económico-administrativo. Piénsese en lo bien que puede hacerlo un parroquiano contable para llevar el presupuesto y la caja, o un censor jurado de cuentas para cumplir los plazos fiscales, un ingeniero o un arquitecto para el mantenimiento ordinario y extraordinario

de las estructuras parroquiales, o un abogado para todos los aspectos legales. Y en muchas parroquias esto ocurre con regularidad.

Son estas competencias las que —además de garantizar el respeto de la legalidad a todos los niveles— pueden liberar al párroco de los deberes materiales y permitirle dedicarse *toto corde* a los diversos aspectos de la actividad pastoral. Por supuesto, esto no significa que el párroco deba quedar completamente excluido de la administración. Sin embargo, suya es la última palabra, así como la responsabilidad general como representante legal incluso de la parroquia. Digamos que todo debe desarrollarse sin «cotos de caza exclusivos» y con ese espíritu de reciprocidad y colaboración que hemos destacado. Un estilo que se aplica a todos los aspectos del apostolado de los laicos con respecto a los párrocos.

Lumen Gentium habla a este respecto de «relaciones familiares» entre laicos y pastores. Y dice que de esta familiaridad:

Se esperan muchas ventajas para la Iglesia: de este modo, en efecto, se afirma en los laicos el sentido de la propia responsabilidad, se fomenta su ímpetu y se asocian más fácilmente sus fuerzas a la labor de los pastores. Y éstos, ayudados por la experiencia de los laicos, pueden juzgar con mayor claridad y oportunidad tanto en las cuestiones espirituales como en las temporales; y así toda la Iglesia, fortalecida por todos sus miembros, cumple con mayor eficacia su misión para la vida del mundo (LG 37).

LA VOCACIÓN UNIVERSAL A LA SANTIDAD

En definitiva, lo que el concilio traza para los laicos es el camino de la santidad. Es significativo que exactamente después del capítulo dedicado a los laicos, *Lumen Gentium* continúe con el dedicado a la vocación universal a la santidad. Se trata de reafirmar que en la Iglesia fundada en la comunión todos los cristianos, en cuanto bautizados, tienen la misma dignidad ante el Señor y están unidos por la vocación a ser santos. Pero es bueno recordar que la santidad no es algo que nos procuremos por nuestras propias cualidades y capacidades, sino que es un don del Señor Jesús, cuando nos toma consigo y nos reviste de sí mismo, haciéndonos semejantes a Él. Dios ofrece la santidad como un don a todos, sin excluir a nadie. Por eso la santidad no es sólo cosa de sacerdotes, obispos, frailes y monjas. Y todos, en su condición de vida, pueden recibir este don y mostrarse dignos de él.

En una de sus catequesis de los miércoles, el papa Francisco habló así de la vocación universal a la santidad:

¿Estás casado? Sé santo amando y cuidando a tu marido o a tu mujer, como Cristo hizo con la Iglesia. ¿Eres un bautizado soltero? Sé santo haciendo tu trabajo con honradez y competencia y ofreciendo tu tiempo al servicio de los hermanos. «Pero, Padre, yo trabajo en una fábrica; trabajo como contable,

Los laicos (LG 30-38)

siempre con números, pero allí no se puede ser santo...». ¡Sí que puedes! Allí donde trabajas puedes ser santo. Dios te da la gracia de ser santo. Dios se comunica a ti. En cualquier lugar puedes ser santo, es decir, puedes abrirte a esta gracia que actúa en ti y te lleva a la santidad. ¿Eres padre o abuelo? Sé santo enseñando con pasión a tus hijos o nietos a conocer y seguir a Jesús. ¿Eres catequista, educador o voluntario? Sé santo convirtiéndote en signo visible del amor de Dios y de su presencia junto a nosotros.

Todo estado de vida conduce a la santidad. En casa, en el camino, en el trabajo, en la iglesia, en ese momento y estado particular de la vida. El camino hacia la santidad está abierto. Y una brújula importante para no perderlo es, para todo laico fiel a Cristo, seguir y poner en práctica las enseñanzas del Concilio Vaticano II. Una tarea tanto más urgente cuanto que nos acercamos al Jubileo de 2025. Un Año Santo es, por definición, un hito en el camino de la santidad, que los laicos debemos recorrer como todos los demás.

CAPÍTULO V LOS LAICOS

Los laicos en la Iglesia

30. El santo concilio [...] con agrado vuelve su pensamiento al estado de aquellos fieles que se llaman laicos. Aunque lo que se ha dicho del Pueblo de Dios se dirige igualmente a los laicos, a los religiosos y al clero, a los laicos, sin embargo, tanto hombres como mujeres, por razón de su condición de emisión, pertenecen ciertas cosas en particular, cuyos fundamentos, a causa de las circunstancias especiales de nuestro tiempo, deben ser considerados con más cuidado [...].

Naturaleza y misión de los laicos

31. Con el nombre de laicos se designa aquí a todos los cristianos, excluidos los miembros del orden sagrado y del estado religioso santificado en la Iglesia, es decir, a los fieles que, incorporados a Cristo por el Bautismo y constituidos en pueblo de Dios y hechos partícipes, a su medida, del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, cumplen por su parte en la Iglesia y en el mundo la misión propia de todo el pueblo cristiano.

El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. [...]. Por su vocación es propio de los laicos buscar el reino de Dios

Los laicos (LG 30-38)

ocupándose de las cosas temporales y ordenándolas según Dios. Viven en el mundo, es decir, implicados en todos los diversos deberes y trabajos del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entrelazada. Allí están llamados por Dios a contribuir, casi desde dentro como la levadura, a la santificación del mundo, ejerciendo su oficio bajo la guía del espíritu evangélico, y de este modo manifestar a Cristo a los demás principalmente por el testimonio de su propia vida y por el resplandor de su fe, esperanza y caridad [...].

Dignidad de los laicos en el Pueblo de Dios

32. La Santa Iglesia está, por institución divina, organizada y dirigida con admirable variedad [...]. No hay, pues, desigualdad en Cristo y en la Iglesia respecto a raza o nación, condición social o sexo [...].

Por tanto, si en la Iglesia no todos caminan de la misma manera, todos, sin embargo, están llamados a la santidad [...]. La distinción, en efecto, hecha por el Señor entre los ministros sagrados y el resto del pueblo de Dios comporta en sí misma unión, ya que los pastores y los demás fieles están unidos por una comunidad de relación: que los pastores de la Iglesia, a ejemplo de Cristo, están los unos al servicio de los otros y al servicio de los demás fieles, y éstos, a su vez, prestan de buen grado su cooperación a los pastores y maestros [...].

El apostolado de los laicos

33. Los laicos [...] están llamados, quienesquiera que sean, a contribuir como miembros vivos, con toda la fuerza que han recibido de la bondad del Creador y de la gracia del Redentor, al crecimiento de la Iglesia y a su permanente santificación.

El apostolado de los laicos es, pues, una participación en la misma misión salvífica de la Iglesia; a este apostolado están todos destinados por el mismo Señor mediante el Bautismo y la Confirmación. De los sacramentos, pues, y especialmente de la sagrada Eucaristía, se comunica y alimenta aquella caridad hacia Dios y los hombres que es el alma de todo el apostolado. Pero los laicos están especialmente llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias, donde no puede llegar a ser sal de la tierra sino por medio de ellos. [...] Además de este apostolado, [...] los laicos pueden también ser llamados de diversos modos a colaborar más inmediatamente con el apostolado de la jerarquía [...].

Participación de los laicos en el sacerdocio común

34. El sumo y eterno sacerdote Jesucristo, queriendo continuar su testimonio y ministerio también por medio de los laicos, los vivifica con su Espíritu y los impulsa incesantemente a toda obra buena y perfecta.

En efecto, a aquellos a quienes une íntimamente a su vida y misión, les concede también participar de su oficio sacerdotal para ejercer el culto espiritual, con vistas a la glorificación de Dios y a la salvación de los hombres. Por tanto, los laicos, dedicados a Cristo y consagrados por el Espíritu Santo, están maravillosamente llamados e instruidos para producir frutos del Espíritu cada vez más abundantes. En efecto, todas sus actividades, las oraciones y los esfuerzos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, los socorros espirituales y corporales, si se realizan en el Espíritu, e incluso los acosos de la vida, si se soportan con paciencia, se convierten en ofrendas espirituales agradables a Dios por medio de Jesucristo (cf. 1 Pe 2, 5); en la celebración de la eucaristía son con toda piedad presentados al Padre junto con la oblación del Cuerpo del Señor [...].

Participación de los laicos en la función profética de Cristo

35. Cristo, el gran profeta [...], también a través de los laicos, a los que por eso constituye sus testigos, proporcionándoles el sentido de la fe y la gracia de la Palabra (cf. Hch 2,17-18; Ap 19,10), para que la fuerza del Evangelio resplandezca en la vida cotidiana, familiar y social [...].

Así como los sacramentos de la nueva ley [...] prefiguran un cielo nuevo y una tierra nueva (cf. Ap 21,1), así también los laicos se convierten en anunciadores eficaces de la fe en lo que se espera (cf. Hb 11,1), si combinan sin vacilaciones una vida de fe con la profesión de esta misma fe. Esta evangelización o anuncio de Cristo hecho por el testimonio de vida y de palabra adquiere una cierta nota específica y una particular eficacia por el hecho de realizarse en las condiciones comunes del siglo.

En este orden de funciones, aparece como de gran valor aquel estado de vida que está santificado por un sacramento especial: la vida conyugal y familiar [...]. En ella los esposos tienen su propia vocación: ser el uno para el otro y para sus hijos testigos de la fe y del amor de Cristo. La familia cristiana proclama en voz alta al mismo tiempo las virtudes actuales del reino de Dios y la esperanza de la vida bienaventurada [...].

Participación de los laicos en el servicio real

36. [...] Los fieles [...] deben reconocer la naturaleza profunda de toda la creación, su valor y su ordenación a la alabanza de Dios [...]. Por su competencia, pues, en las disciplinas profanas y por su actividad, intrínsecamente elevada por la gracia de Cristo, realicen eficazmente su obra, para que los bienes creados [...] progresen por el trabajo humano, la técnica y la cultura civil en beneficio de todos los hombres sin excepción, se distribuyan más convenientemente entre ellos y, según su naturaleza, conduzcan al progreso universal de la libertad humana y cristiana [...].

Además, los laicos [...] sanarán las instituciones y las condiciones del mundo, si las hay que provoquen el pecado, para que todas ellas se conformen a las normas de la justicia y, en lugar de obstaculizar, fomenten el ejercicio de la virtud. De este modo impregnarán de valor moral la cultura y las obras humanas [...].

Laicos y jerarquía

37. Los laicos, como todos los fieles, tienen derecho a recibir abundantemente de los sagrados pastores los bienes espirituales de la Iglesia [...]; a ellos, por tanto, manifiesten sus necesidades y deseos con aquella libertad y confianza que conviene a los hijos de Dios y hermanos en Cristo. Según la ciencia, la competencia y el prestigio de que gozan, tienen la facultad, es más, a veces incluso el deber, de dar a conocer su parecer sobre las cuestiones que conciernen al bien de la Iglesia [...].

Los pastores, por su parte, deben reconocer y promover la dignidad y la responsabilidad de los laicos en la Iglesia; deben servirse de buen grado de sus prudentes consejos, confiarles con confianza oficios al servicio de la Iglesia y dejarles libertad y margen de acción, más aún, animarles a emprender obras incluso por propia iniciativa [...].

Conclusión

38. Cada laico debe ser ante el mundo testigo de la resurrección y de la vida del Señor Jesús y signo del Dios vivo. Todos juntos, y cada uno por su parte, deben alimentar al mundo con frutos espirituales (cf. Ga 5, 22) y difundir en él el espíritu que anima a los pobres, mansos y pacíficos, a quienes el Señor en el Evangelio proclamó bienaventurados (cf. Mt 5, 3-9). En una palabra: «lo que el alma es en el cuerpo, sean los cristianos en el mundo».



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
*SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO*